

MARIÓN
MARQUEZ




GANADORA
DEL
PREMIO OZ
DE NOVELA

UN AMOR
REAL


EDITORIAL

UN AMOR REAL

MARIÓN MARQUEZ

UN AMOR REAL

V.1: mayo, 2017

© Marión Marquez, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-69-2

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Un amor real

La vida en palacio está a punto de cambiar

Brianna Collingwood es una it girl, una joven rica, hermosa y rebelde. El príncipe Alioth van Belmont es un playboy arrogante y el futuro heredero de la corona de Sourmun. Juntos, recorren las mejores fiestas privadas y causan grandes escándalos. Para Brianna, Alioth es solo un buen amigo, pero el príncipe está enamorado de ella en secreto.

Sus vidas cambiarán cuando los padres de ambos los obligan a comprometerse. Brianna acepta para ayudar a su amigo, pero ¿acabará sintiendo por Alioth un amor real?

Ganador del Premio Oz de Novela

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Un amor real

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Sobre la autora

Capítulo 1

Brianna estaba convencida de que con esa expresión aburrida que se dibujaba en su rostro corría el riesgo de parecerse a su madre. Estaba cansada de escuchar a su padre despotricar y gritarle sobre todas las responsabilidades que tenía para con su familia y que ella ignoraba deliberadamente.

Era la quinta vez que su padre, el gran señor Collingwood, le daba el mismo sermón insufrible.

—Era tu última oportunidad —musitó, antes de acabar con la monserga.

Ella dejó de mirarse en el espejo y se volvió hacia él.

—¿Mi última oportunidad para qué?

—Para elegir, Brianna.

—¡Elegir! ¿Cuándo me has dejado elegir? —espetó.

Él no respondió con más gritos, tan solo se limitó a negar con la cabeza.

—A partir de ahora ya no voy a tolerar que nos pongas en ridículo delante de nuestras amistades. Tu pobre madre acabará en el hospital si sigues decepcionándola de este modo.

La joven, de melena pelirroja, alzó una mano para intervenir.

—¿Decepcionarla? ¿Porque no quiero casarme con el primer hombre que se me pone delante? ¡Vosotros no podéis elegir con quién tengo que pasar el resto de mi vida, papá! ¡Es mi vida!

—No tendríamos que hacerlo si fueras una joven un poco más... —añadió el señor Collingwood con los brazos en jarra.

—¿Un poco más qué?

—Más responsable, más sensata, más madura —enumeró—. ¿Quieres que siga? No te atreverás a decirme que no eres perfectamente consciente de todo esto. Tu hermana no necesitó la ayuda de nadie para elegir marido. Lo hizo sola, y muy bien, de hecho. Pero tú, con veinte años, no has sido capaz de encontrar a nadie y no parece que tengas la intención de hacerlo. ¡Pero si nunca has tenido un novio formal!

La expresión de Bri se endureció. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido todo rastro de calidez.

—¿Y de quién es la culpa, padre? Si no recuerdo mal, yo estaba más que dispuesta a tener una relación estable y duradera hasta que tú te entrometiste en mi camino. ¿Es que ya te has olvidado? ¡Y no te atrevas a negarlo, sabes perfectamente de qué estoy hablando!

Su padre no pareció inmutarse, pero ella sabía que se había anotado un punto en la discusión.

—Sea como sea, no podemos dejar que esta situación empeore. Si dejases de llamar tanto la atención, tendrías más tiempo para elegir, pero, con todos los escándalos en los que te metes, tarde o temprano acabarás por arruinar nuestra reputación.

—¿Y qué vas a hacer, papá? ¿Piensas arrastrarme al altar? ¿Me vas casar con un desconocido para que no lo asuste antes de la boda? —Soltó una risa burlona y se cruzó de brazos—. No sé si te has enterado ya de que estamos en el siglo xx. No lo conseguirás.

Su padre se situó frente a ella e imitó su postura de mofa.

—Ya veremos, cariño. No voy a dejar que sigas burlándote de tu familia. Debes hacer lo que es correcto, y no hay más que hablar.

Brianna, enfurecida, entró en su habitación, cerrando de un portazo. Trix, la asistenta que trabajaba para ellos, dio un brinco del susto.

—Señorita Brianna, ¿está usted bien? —preguntó.

—¿Sabes lo que me ha dicho ese horrible hombre? —respondió.

La asistenta, acostumbrada a sus arrebatos de rabia, respondió sin dejar de ordenar la ropa.

—¿Se refiere a su padre, el señor Collingwood?

—¿A quién más podría referirme? Está furioso porque la madre del tonto número cinco le dijo a mamá que no creía que yo fuese adecuada para formar parte de su familia. ¡Imagínate! A mi madre le dio un ataque de nervios y tuvo que tomarse casi una caja entera de pastillas tranquilizantes.

—Pobre señora Collingwood —suspiró—. Cada vez que usted sabotea un posible enlace, se pasa una semana en la cama soñolienta y deprimida.

Brianna frunció el ceño.

—¿Y crees que es por mi culpa? Nada de esto sucedería si no insistieran en decidir con quién debo casarme.

Se dejó caer sobre la cama, agotada. Los gritos de su padre la agobiaban.

—Me ha prohibido salir de casa hasta que «recapacite», y él mismo me llevará a las clases de la universidad. ¡Es un tirano! ¿Cómo puede hacerme esto? ¡Tengo veinte años!

—Señorita —murmuró Trix, con una sonrisa afable —, ¿por qué se enfada si va a terminar saliendo sin su permiso?

Bri se giró para mirarla y sonrió con picardía.

—Tienes razón, mi querida Trix, toda la razón del mundo.

Tres horas después, cerca de medianoche, Trix volvió de nuevo al dormitorio de Bri.

—Su alteza ya está abajo —anunció mientras sostenía la pesada escalera de sogas que utilizaba la señorita para escaparse.

Bri salió rápidamente del vestidor con los zapatos en la mano. Asomándose a la ventana, miró hacia abajo y encontró la silueta de su mejor amigo. Agitó los zapatos en el aire para avisarlo y, casi sin darle tiempo de apartarse, los dejó caer.

—Debería abandonar esa costumbre, señorita, por el bien de la nación —susurró Trix—. Si mata al príncipe Alioth, el siguiente en la línea de sucesión es su tío, lord Víctor. El duque tiene unas ideas un tanto... aterradoras.

Bri se giró hacia arqueando las cejas.

—¿Aterradoras? Ese hombre es un idiota y un cobarde, su padre debía de saberlo si decidió nombrar heredero a su hijo menor.

Abajo, Alioth sacudía las manos para llamar su atención.

—Mejor me doy prisa antes de que alguien lo vea —refunfuñó mientras se sentaba en el balcón. Esa era la parte más divertida. Sabía que a Alioth le aterrizzaba verla pasar sobre las finas barras de hierro de su balcón para subirse a la escalera que colgaba al otro lado.

Alioth la agarró por la cintura antes de que pisara el último peldaño y la levantó en el aire para dejarla en el suelo.

—Cada vez pesas más —murmuró.

Brianna se giró de inmediato sin que él hubiese terminado de soltarla y le golpeó en el pecho con su bolso.

—Querrás decir que tú estás más debilucho.

—Puede ser, he estado estudiando tanto que no he tenido tiempo de ir al gimnasio. Al contrario de cierta persona que, al parecer, no recuerda que el semestre comenzó hace ya tres meses.

Brianna suspiró y le agarró del brazo para sujetarse mientras se ponía los zapatos.

—Hablas como mi padre. ¿Sabes por qué he tenido que escaparme esta noche?

—Lo imagino.

Ella lo ignoró.

—Hoy me ha dicho que soy el peor ejemplo de hija que puede existir, que no soy capaz de seguir mi carrera ni tampoco de conseguir un esposo adecuado de entre todos los que, según él, me ha servido en bandeja de plata —parloteó.

—Querrás decir que él te ha puesto a ti en bandeja —replicó Alioth mientras arrugaba la frente.

Conocía de sobra las tácticas de Cesar Collingwood. Hacía más de un año que habían empezado sus demandas para casar a su hija con quien él creyera conveniente. Ya le había presentado a cinco candidatos. Todos eran hijos de amigos, socios o algún otro hombre influyente de cuya conexión él se beneficiaría.

—Puede decir lo que quiera, no voy a casarme con ningún niño mimado, ni con un anciano que quiera una esposa modelo, que se pase todo el día en casa arreglándose y esperando a que su esposo llegue del club de golf con sus amigos. Uno como él.

Alioth soltó una carcajada y caminó a su lado.

—Por supuesto que no. Yo no lo permitiría.

—¿Y qué podrías hacer tú? Si llega el día en el que no tenga más salida, en el que me acorralen de tal forma que no tenga escapatoria, nadie, ni siquiera tú podrá evitarlo. Por más que seas el príncipe heredero —musitó ella reclinándose contra la puerta del coche.

Alioth se puso frente a ella y la rodeó con los brazos, apoyándose con ambas manos en vehículo.

—Lo haría, no me importaría pasar por encima de quien hiciese falta para lograrlo.

—Eso no sería una novedad —respondió Bri con una sonrisa y restregó su nariz contra la de él—, siempre lo haces.

—Me presentaría en la iglesia y gritaría: ¡Detengan esta boda! ¡Yo me opongo!

—¿Lo harías?

El príncipe dejó de bromear. Su rostro se volvió serio.

—Por ti, lo haría mil veces, Brianna. No lo dudes.

Ella, con una amplia sonrisa, posó las manos sobre sus mejillas.

—Cuando quieres, eres el hombre más dulce del mundo, Alioth van Belmont —dijo, y le dio un corto abrazo.

—Tal vez tengas razón —susurró él—. Vamos, sube al coche. Nos espera una fiesta.

Capítulo 2

Alioth le dejó las llaves al aparcacoches. Otro empleado de la fiesta le abrió la puerta a Brianna. Ella bajó y rodeó el coche con la cabeza gacha para evitar ser reconocida por los *paparazzi* que rondaban las fiestas privadas de sus conocidos. Siempre que existía la posibilidad de que el príncipe Alioth apareciera, acudían como buitres en busca de sus presas favoritas.

—Entremos ya —dijo Brianna a Alioth, y se apoyó en el coche.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡No te apoyes!
—replicó Alioth mientras la cogía de la cintura para hacerla a un lado.

—Es solo un coche.

Él empezó a caminar también escondiendo su rostro. Era un movimiento ya incorporado a su forma de vida.

—Es un F50, Bri. Te lo he explicado montones de veces, es especial.

—Así no puedes disfrutarlo, estás más pendiente del coche que de tu propia vida. No puedes tocarlo porque se ralla, las calles mojadas están prohibidas, también las entradas con el suelo empedrado... ¡Y las tachuelas de mi ropa! —exclamó.

—¿Qué problema hay en que quiera cuidarlo? —Alioth se encogió de hombros.

—¡Que matas la diversión! Si estás pendiente de todo eso no puedes relajarte ni divertirte. Ya casi ni bebes cuando salimos porque tienes miedo de estrellarlo.

El príncipe sacudió la cabeza y arrugó la frente.

—Solo cuando uso este.

Ella lo negó.

—La última vez teníamos un chófer y de todas formas apenas bebiste.

—¡Tenía una reunión con mi padre y el Consejo al día siguiente! A veces tengo que hacer un esfuerzo y comportarme. Debo intentar demostrar a todas esas personas que puedo ser un hombre maduro si me lo propongo —la reprendió.

Bri puso los ojos en blanco.

—Qué tontería. Solíamos divertirnos mucho más cuando a ninguno nos importaban esas cosas. Ahora ya ni siquiera me acompañas en mis resacas matutinas, me siento abandonada.

—Podrías acompañarme tú en mi sobriedad de vez en cuando, no te vendría nada mal —propuso, y ella le soltó una mirada burlona—. No me mires así, no tengo otra opción. Estoy trabajando muy duro para que todos empiecen a tenerme un poco de respeto, soy el futuro rey, Bri. Imagina si algo le sucediera a mi padre y el Consejo decidiera que no soy apto para gobernar. ¡Si ponen a mi tío en mi lugar!

La atravesó un escalofrío. Nadie quería a lord Víctor a la cabeza de nada porque no solo era un asno y un cobarde, sino que también era cruel y egoísta.

—Serás el mejor rey de todos, Alioth —concluyó ella en un breve momento de seriedad—. Pero ahora vamos a celebrar que todavía no lo eres y tu padre es un hombre joven al que le queda mucho tiempo de vida.

Enseguida tiró de él para que la siguiera hasta la casa. En el camino, cogió la primera bebida que le ofrecieron.

—Voy a dar un paseo. —Le guiñó un ojo y levantó la copa—. ¡Diviértete!

Desde hacía tiempo, Brianna se había vuelto un desastre, siempre al borde del colapso. Alioth sabía que los se-

ñores Collingwood eran muy duros e injustos, de modo que Brianna siempre hacía todo lo posible por llevarles la contraria.

Alioth pensaba que eso no era bueno para ella, no era sano. Como tampoco lo era mezclarse con todos los hombres que conocía en una fiesta. Sin embargo, no podía quejarse ni intentar corregir su comportamiento. Alioth también disfrutaba de esa clase de encuentros esporádicos con muchas chicas, aunque no eran más que una breve distracción para él. Él quería a otra, a una mujer que sospechaba que jamás podría tener.

Brianna estaba encantada. Hacía mucho tiempo que no encontraba un hombre tan guapo como el que tenía enfrente. No era un niño, como los que abundaban en esas fiestas. Por el modo en que vestía y su forma de moverse, era un hombre. Al cruzar sus miradas en la pista de baile habían iniciado un pequeño juego de seducción que siguieron en la barra. Estaba lo suficientemente ebria como para dar el próximo paso.

Nunca se acostaba con nadie en una fiesta si no estaba borracha como una cuba. Últimamente, solo lo hacía cuando estaba tan bebida que al día siguiente solo tenía leves y borrosos recuerdos de lo ocurrido. Acordarse de la cara del hombre era todo un logro para ella.

Bri y su acompañante subieron a una de las habitaciones de la planta de arriba, que parecían ideadas especialmente para aquel tipo de encuentros. A esa hora y en ese estado ya no recordaba de quién era la casa ni se preguntaba a quién podría pertenecer ese cuarto. Lo único importante era que no había nadie.

El joven de cabello castaño y rizado cerró la puerta y echó el cerrojo. Sin perder un segundo, la rodeó con los brazos y se abalanzó sobre su boca. Sin dejar de besarla, le desabrochó el vestido.